

EL RETORNO DE INGLATERRA AL CATOLICISMO

Tres cartas del Cardenal Reginaldo Pole a Carlos V (1553)

El año 1553 es especialmente significativo en la historia de Inglaterra. Ese año moría, aún joven, el Rey Eduardo VI hijo de Enrique VIII, y dejaba abierta la cuestión sucesoria, de indudable alcance religioso y político. Dominado por el Conde de Warwick, luego Duque de Northumberland, había excluido de la sucesión a las dos hijas de Enrique VIII, María, hija de Catalina de Aragón, e Isabel, hija de Ana Bolena, y la abría a Jane Grey, hija del nuevo Duque de Suffolk y pretendiente al trono como heredera de Enrique VIII, esposa del hijo de Northumberland, Lord Guilford Dudley. Aunque parezca increíble, Northumberland, ocultó durante varios días la muerte del joven monarca e invitó a las Princesas María e Isabel a visitar al rey moribundo (?) con ánimo de apresarlas. Hizo pública la muerte de Eduardo VI el 10 de julio, al tiempo que daba cuenta del testamento del mismo en favor de la sucesión de Jane Grey, mientras infamaba como bastardas a María e Isabel, motejando además a la primera con el nombre de *papista*. María conoció a tiempo la treta y, lejos de dirigirse al palacio real, huyó hacia Norfolk, donde

La presente colaboración, en homenaje a mi alumno y después colega, el Prof. Garijo Guembe, forma parte de una investigación mucho más amplia sobre la Legación del Cardenal Pole. *J. I. Tellechea*.

fue aclamada como heredera por la nobleza y el pueblo y en un golpe de audacia se dirigió a Londres. Las horas de realeza de Jane Grey fueron contadas y pronto pagó con su vida su intento. María era proclamada oficialmente Reina de Inglaterra el 19 de julio de 1553¹.

Conocida por su fidelidad a toda prueba al catolicismo, su persona abría grandes interrogantes respecto al futuro religioso del reino, tras los años de Cisma (Enrique VIII) y de mayor infiltración de las nuevas formas calvinistas del Continente (Eduardo VI). Muy pronto hizo profesión de su fe católica, nunca abandonada, aunque ya en agosto manifestó que respetaría la libertad religiosa de los demás. El 29 de septiembre era coronada y poco después abría su primer Parlamento, en el que anunció su deseo de restablecer la autoridad del Papa. Se revocaron algunas leyes de Eduardo VI de alcance religioso, no así la *Royal Supremacy* que convertía a la Reina en cabeza de la Iglesia en Inglaterra. El proceso restaurador sería lento y complicado².

Ya en los primeros días de agosto se tuvo noticia en Roma de los cambios inesperados producidos en Inglaterra y de las nuevas perspectivas que se abrían a una restauración católica. El Papa Julio III comunicó la fausta noticia al Colegio de Cardenales y ya el día 6 nombraba Legado pontificio en Inglaterra al Cardenal Reginaldo Pole³. Hijo de la Condesa de Salisbury, dama de honor de la Reina Catalina y gobernante de la Princesa María hasta 1534, había sido en su juventud protegido de Enrique VIII, quien se ocupó de su primera educación pagándole los estudios en los cartujos de Sheen y luego en el *Magdalen College* de Oxford; los completaría en Padua, adquiriendo una excelente formación humanística. La tormenta del divorcio de Enrique VIII le afectó

¹ H. F. M., Prescott, *María Tudor*. Trad. italiana de la 2.ª ed. inglesa de 1952 (Roma 1957) 217-37.

² *Ibid.*, 236-41; Ph. Hughes, *The Reformation in England. II. Religio depopulata* (Londres 1954) 182-5 y 349-52. Remito también a mi obra *Fray Bartolomé Carranza y el Cardenal Pole. Un navarro en la restauración católica de Inglaterra (1554-1558)* (Pamplona 1977) 15-40. También aporta mucha documentación G. Constant, *La Réforme en Anglaterre*, 2 t. (París 1930-9), de la que existe traducción inglesa mejorada (Londres 1934).

³ R. Ancel, 'Legation du Cardinal Polus en Anglaterre (1553-4). La reconciliation de l'Anglaterre avec la Sainte-Siège sous Marie Tudor', *Revue d'Histoire ecclésiastique* 10 (1909) 521-3.

directamente y por no admitirlo hubo de abandonar Inglaterra en 1531, tras rechazar las propuestas de los obispos de York y Winchester. Su madre fue condenada a muerte. Llevaba, pues, más de veinte años exilado, y convertido en Cardenal desde 1536. Entre 1538-1546 desempeñó varias legaciones pontificias en Francia y España y fue Legado papal y presidente de la primera etapa del Concilio de Trento. Conocía a la Reina María desde su juventud y hasta se habló de su candidatura al matrimonio con la Reina. Inesperadamente se veía en el epicentro del momento histórico, al nombrársele Legado pontificio en Inglaterra⁴. A este momento inicial corresponden las tres cartas que por primera vez editamos.

La primera del 21 de agosto de 1553, pocas semanas posterior a su designación, da cuenta al Emperador del cambio providencial operado en Inglaterra, sólo «feliz principio», cuya meta final se presentaba hartamente dificultosa. Ya en su ánimo entre «las cosas que quedan por hacer» emerge inequívocamente el proyecto de «restituir el reino a la obediencia de la Sede Apostólica». Sabe bien que el Emperador no necesita estimularle a tal empresa «según la oportunidad del tiempo» e interpreta como prenda de la misericordia divina que el reino haya recibido una Reina «más que ninguna otra dispuesta y apta para llevar a perfección esta santa obra».

Así, pues, da parte al Emperador de su nombramiento de Legado, pidiéndole todo favor a la causa, ya que considera la nueva situación como una victoria más del Emperador. A los sinsabores de la antigua situación —«il sangue di V.Mtà», no se olvide que Carlos V era sobrino de la Reina Catalina, humillada y separada del reino—, sucedían ahora horas gratas, en que los más desconsolados anteriormente debían ser ahora partícipes primeros del consuelo, entre otros la Sede Apostólica, que por defender «la justicia de la sangre del Emperador —la Reina Catalina—» había perdido su autoridad en aquel reino. No se le ocultaba a Pole la gran dificultad de tal recuperación: «no parece ahora cosa fácil, habida

⁴ Cfr. Constant, *cit.*, 153-7; Prescott, *cit.*, 128-9. Entre las biografías sobre Pole cabe destacar la de W. Schenck, *Reginald Pole, Cardinal of England* (Londres 1950). Gran parte de su correspondencia fue editada en el siglo XVIII por A. M. Quirini, *Epistolarum Reginaldi Poli, S. R. E. Cardinalis, et aliarum ad ipsum collectio* (Brixiae IBrujasl 1744-57).

cuenta de los humores de los hombres y de las cosas pasadas». Sin embargo, todo lo esperaba de la mano providencial que había mudado la situación. Y así como los Legados fueron excluidos de aquel reino por favorecer las razones de personas tan conjuntas al Emperador, ahora éste tendría el honor de abrirles los caminos para bien del reino, alegría de la Iglesia y ejemplo para otros reinos.

Concluye la carta augurándose que el buen oficio del Emperador le ayudará a introducir en Inglaterra la autoridad espiritual, como Dios ha hecho posible la introducción de la autoridad temporal de la Reina. Y deja caer al final de la carta que reserva la confidencia de «las causas que humanamente me mueven a esperar esta buena y rápida conclusión de este negocio», al momento en que pudiera visitar personalmente al Emperador. Tal momento se retrasaría algún tiempo.

Escrita esta carta desde el monasterio de Maguzzano, junto al Lago de Garda en el Norte de Italia, el Cardenal se puso en viaje el 29 de septiembre, llegando a Trento al día siguiente. El 21 de octubre estaba ya en Dilinghen, tras haber atravesado Würtemberg y el Palatinado. Dos días más tarde escribe una breve carta a Carlos V, no exenta de pesadumbre. Había recibido la visita, de parte del Emperador, de Don Juan de Mendoza, con la clara orden de que se detuviese en su viaje hasta conocer lo que le ordenase el Papa. Se disponía a obedecer la «inesperada» orden. Durante aquellas semanas trabajaban intensamente la Cancillería imperial y la pontificia, tratando de conocer mejor la situación *real* y las dificultades que surgían en Inglaterra. Carlos V recomendaba prudencia y discreción en el tratamiento de la delicadísima situación de Inglaterra, cuyo primer Parlamento bajo la nueva Reina había empezado a restablecer las cosas lentamente y no sin oposición. Pole, tantos años ausente de Inglaterra, acaso no captaba todo el cúmulo de obstáculos que se oponían a su firme intención.

Por ello, y acatada la orden de detenerse —que le obligaría al ostracismo durante meses—, tras madura reflexión dirige una nueva carta de su puño y letra a Carlos V. No cree que la decisión tomada sirva al honor de la Sede Apostólica ni al del Emperador, y comunica su parecer tanto a éste como al Papa y a la Reina de Inglaterra. De modo privadísimo y confidencial desvela al Emperador sus pensamientos: el nervio de la cuestión estaba en que no se consideraba *maduro* al

tratar de la restitución de la obediencia a la Iglesia de Roma, sino aconsejable el diferirla. El razonamiento de Pole es estricto: el derecho de la Reina a la corona se funda en la legitimación del matrimonio de Catalina, su madre, y ésta a su vez se basa en la dispensa del Papa. Si se prescinde de la autoridad del Papa, se desvanece el derecho de la Reina a la corona. Diferir la cuestión de la autoridad del Papa equivale a diferir la razón de la Reina respecto a la corona. «De modo que —concluye Pole— se puede ver cómo el primer día que comenzó el Parlamento, comenzó al mismo tiempo a estar maduro el tiempo de tratar y establecer la obediencia de la Iglesia. Más aún, si la desobediencia no hubiese sido confirmada por Acta del Parlamento, el momento de establecer este punto habría sido no sólo antes del Parlamento, sino antes de la coronación. De donde aparece cómo toda la madurez del tiempo consiste en este punto: que viniendo el Legado a confirmar la razón (el derecho) de la Reina, debe ser recibido inmediatamente y esto no se puede diferir sin gran perjuicio de la Reina». Si la Reina estuviese persuadida de lo contrario, «con toda la debida reverencia» recuerda y suplica Pole al Emperador, que con su prudencia y autoridad le haga comprender, cuánto, al margen de otros respetos, importa esto particularmente a su bien, el cual estoy seguro que interesa a V. Md. más que a ningún otro».

No hemos indicado que Pole había recibido al mismo tiempo una segunda Legación para tratar de la paz entre el Emperador y el Rey de Francia. Al parecer tampoco este asunto estaba en punto de madurez. Por el contrario, Pole piensa que, no cesando los males de la guerra entre Francia y España y padeciendo sus efectos la Cristiandad, «siempre es tiempo de tratar de paz» y siempre el Papa está obligado por su oficio a llamar a las puertas por todos los medios. Ningún tiempo mejor para tratar de paz que aquel en que para la invernada se retiran los ejércitos. En conclusión el Cardenal se atreve a expresar que no ve que en modo alguno sea conducente, tanto al asunto de Inglaterra como al de la paz, ni honroso a la persona del Papa que le manda ni a la del Emperador, a quien es mandado, que el Legado se entretenga a mitad de camino y se le impida el acceso al Emperador: por ello suplica a Carlos V que busque modo de que se levanten los impedimentos a su venida y que pueda entrevistarse lo más pronto posible con él, para así poder dar satisfacción

a su obligación con el Papa y servir en ambas misiones —Inglaterra y la paz— al honor de Dios, al bien común de la Cristiandad y particular de la Reina, y al propio honor del Emperador».

Muchos meses pasarían antes de que Pole pudiese llegar a Bruselas, y muchos más antes de pisar su tierra inglesa. Fueron meses de gran actividad diplomática en que el Emperador y sus embajadores, el Papa y sus nuncios o enviados especiales (Dandino, Muzzarelli), se tuvieron que emplear a fondo. Sin duda desde un punto de vista político, primó en la mente del Emperador la cuestión del matrimonio de la Reina María, quien se casaría al fin con el Príncipe español, futuro Felipe II, a pesar de todas las intrigas en contrario de Francia. Ello ocurría en julio de 1554. Pole llegaría a Londres casi a finales de noviembre. Sólo entonces tuvo lugar la solemne ceremonia en que Inglaterra y su Parlamento volvieron a la obediencia de Roma.

JOSE IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS
Universidad Pontificia de Salamanca

DOCUMENTOS

CARTAS DEL CARDENAL REGINALDO POLE A CARLOS V

AGS., Estado 506, f. 152.

Original.

Maguzzano, 21 agosto 1553

Sacra Cesarea Maestà

Essendo piaciuto alla divina misericordia dopo tante et si gravi affittioni, che per molti anni ha patito il regno d'Inghilterra sol per causa de iniqui et impii governatori, di consolarlo hora con darli quella governatrice à cui la corona per giustitia pertenea, et per la bontà di lei le era da tutti i boni desiderata, et far questo per mezzo dell'indirizzo del prudentissimo consiglio di V. Mtà., mi è parso conveniente dopo Dio, al qual si deve dar ogni laude et honore di questo fatto, che tutti noi di quel regno siamo obligati a renderne particolari et infinite gratie a V. Mtà., supplicando la divina bontà voglia in quello che manca al compimento di questa

così santa opera, degnarsi d'usare quell'istesso mezzo che ha usato in darli sì felice principio. Et perché di tutte le cose che restano a fare a questo fine niuno è sì maggior importantia, che il restituir quel regno alla obediencia della Sede Apostolica, benché io tenga per certo che V. Mtà. per la sua gran pietà non habbia bisogno di essere da altri stimolata, ma sia pronta da se secondo la opportunità del tempo à procurarla, nondimeno havendoci la bontà di Dio dato questo gran pegno della sua misericordia, dando à quel regno una tale governatrice più che ogni altra disposta et atta a ridurre à perfectiōne questa santa opera con l'aiuto et consiglio di V. Mtà.

Et essendo piaciuto alla Santità del Papa farmi Legato suo et della Sede Apostolica per trattare questo negotio con lei et con altri principi et privati secondo che parerà opportuno, mi è parso non poter troppo presto cominciar à proponer questa causa à V. Mtà., alla quale et per l'altro grado ch'ella tiene sopra tutti i principi et per tanti altri rispetti, che sono per se manifesti senza che io li connumerì, principalmente conviene l'abbracciarla et favorirla. V. Mtà, et in altri tempi et al presente ha havuto per gratia di Dio molte gran vittorie; ma non ne ha al parer mio havuto alcuna da comparar con questa, et dalla quale possa sperar maggior et più presente frutto à honor di sua divina Maestà et di lei con immortal beneficio della Chiesa et di quel regno. Et poi che è piaciuto alla bontà di Dio dopo tanti dispiaceri da lei ricevuti per causa del perverso governo delle cose d'Inghilterra consolar hora V. Mtà. nelle cose pertinenti al governo temporale di quel regno, meritamente si deve aspettar dalla bontà sua il far ogni opera acciò che quelli siano i primi participi di questa consolatione, quali sono stati più aconsolati, et sopra tutti la Sede Apostolica, la quale per difendere la giustitia del sangue di V. Mtà. perse l'autorità sua in quel regno. Et benché il ricuperarla non par hora così facile, havendo rispetto à gli humori de gli homini et alle cose passate, nondimeno risguardando à quella benedetta mano che ha dato questo sì gran principio del bon governo et della felicità di quel regno, si può credere debbia ancho far congiuntamente seguir questo, senza il quale la consolatione del ricevuto beneficio duraria poco. Et io spero, che, si come i legati della Sede Apostolica furono esclusi da quel regno per favorire le ragioni di quelle che erano sì congiunte a V. Mtà, così, tornando Dio à consolarla, le darà insieme questo honore d'essere quella che apra loro la strada

à tornarvi con gran beneficio di quel regno et allegrezza di tutta la Chiesa, per rispetto del gran bene che facilmente da questo essemplio si può sperare in altri regni et provincie.

Questa ferma speranza mi ha mosso à far hora con questa lettera questo officio con lei, aspettando che la vittoriosa mano di V. Mtà. mi faccia la strada per introdur in quel regno l'autorità spirituale, si come Dio lo ha fatto à lei d'introdurmi la temporale nella persona della Serenissima Regina Maria, sua cugina. Le cause che humanamente anchora mi movono à sperar bona et presta conclusione in questo negocio, mi riservo à dirle à V. Mtà. Cesarea, quando piacerà à Dio che io mi trovi con lei, il che spero habbia ad esser presto. In questo mezzo con tutto il core rallegrandomi con lei di questa miracolosa vittoria, con ogni debita riverentia le bascio le mani, pregando continuamente il Signore Dio si degni conservarlar longamente à beneficio et consolatione universale di tutta la Christianità.

Del Monastero di Maguzzano a XXI d'Agosto M.D.LIII

(*autógrafo*)

Di V. S. C. Mtà.
humillimo et affectionatissimo servitor
Reg. Cardinale Polo

(Archivo general de Simancas, Estado 506, f. 152).

Haydenhayn, 24 octubre 1553

Sacra Cesarea Maestà

Più per la qualità della persona, la quale à V. Mtà. Cesarea è piaciuto mandarmi, che per la lettera sua o per relation di esso Signor Don Giovanni, io ho compreso il desiderio et la volontà di V. Mtà. circa il fermarmi fin che io sappia quello che alla Santità del Papa piacerà ordinare che io faccia, poi che havrà inteso quanto ella in questo proposito le ha fatto saper di più. Et benchè tal proposta mi sia stata per molti rispetti assai inaspettata, nondimeno seguendo il parer di V. Mtà, ho giudicato non poter far meglio che fermarmi tra tanto appresso Mons. Rmo. d'Augusta in Delinga, vicino alla quale hora mi trovo. Piaccia à Signor Dio che tutto cio riesca conforme alla sua divina volontà con honor suo et servitio di

V. Mtà., per la quale io l'ho pregato et pregarò sempre che la conservi et prosperi à beneficio comune della christianità. Et bascio humilmente le mani di V. Cesarea Mtà.

Di Haydenhayn a XXIII d'Ottobre M.D.LIII

(*autógrafo*)

Di V. S. C. Mtà.
humillimo servitor
Reg. Cardinale Polo

(Ib., f. 153)

Dilighen, 29 octubre 1553

Sacra Cesarea Maestà

Quanto più io vo pensando a questa mia firmata dappoi haver parlato con Don Giovanni di Mendoza, tanto meno parendomi di veder in essa cosa che servi al honor della Sede Apostolica et di V. Mtà. et al obligo della Regina con Dio et al proprio suo beneficio, mi è parso non dover mancare per il debito mio verso Dio et la sua Chiesa, verso V. Mtà., et verso la Regina, di comunicare non solo con la Santità del Papa, ma con V. Mtà. anchora et con la Regina istessa quanto mi occorre in questo proposito.

Et nel resto rimettendomi alla prudente consideratione di V. Mtà. et à quel che piè diffusamente io discorsi con esso Don Giovanni, parlarò con lei solo di questo punto, come non par sia maturo il trattare hora et stabilire questo capo dell' obedientia della Chiesa, ma come possa esser contrario al bene della Regina il differirlo, al che pare che tenda principalmente questa mia firmata: percioche dependendo il più essenziale fundamento della ragion che ha la Regina alla corona, come sa V. Mtà. dalla legitimation del matrimonio della Regina sua madre, et questa dalla dispensa del Papa, sequita che, levandosi l'auctorità del Papa, si leva anco la ragione della detta Regina a la corona; et col differire che non sia stabilita l'auctorità del Papa in quel regno, si differisse insieme il stabilire la ragione della Regina a la corona. Di modo che si pò vedere, come il primo di che cominzò il parlamento, comenzò insieme ad esser maturo il tempo di trattar et stabilire la obedientia della Chiesa. Ansi, se la disobdientia non fusse stata confirmata per acto del Parlamento, il tempo di stabilire questo punto saria stato non solo

inanzi il Parlamento, ma inanzi anchora a la coronation. Onde appare, come tutta la maturità del tempo consiste in questo punto, che venendo il Legato del Papa à confirmare la ragione della Regina, sia incontinentemente recevuto, et come ciò non si pò differire senza gran preiuditio della Regina.

Et quando pur ella fusse altramenta persuasa, io con ogni debita riverentia ricordarei et supplicarei a V. Mtà. che con la prudentia et autorità sua volesse farla bene capace quanto questo, oltre a li altri rispetti, importi particolarmente al bene di lei, il quale io son certo esser a core a V. Mtà. più ch'ad ogni altro.

Dapoi, quanto alla matutirà della seconda mia legation circa la pace, V. Mtà. po considerare, come, non cessando i danni della guerra tra lei et il Re di Franza et patendo insieme, si come fà, tutta la Christianità, sempre è tempo di trattar la pace et sempre la Santità del Papa è per l'officio suo obligata di battere con ogni mezzo à la porta. Et essendo hora per la stagion dell'anno ritirati li exerciti, questo tempo serve tanto più a maturare questo frutto. Onde non potendo io vedere in modo alcuno come sia espediente ne al negotio d'Inghilterra, ne a quello della pace, si come non pò esser honorevole ne a la persona di Sua Santità che mi manda, ne à quella di V. Mtà., a la quale io son mandato, ch'io sia intertenuto qui nel mezzo del camino et impedito di non poter venire a la presentia di lei, la supplico si degni trovare modo che tosto si leve ogni impedimento a la mia venuta, accioche, trovandomi io quanto più presto con quella, possa et satisfare al debito de la persona ch'io tengo, et servire in queste due cause al honor di Dio et al beneficio comune della christianità et particolare della Regina con accrescimento del honor di V.Mtà., a la quale, si come io mi sento obligatissimo, cosi ho havuto et sempre haverò animo et desiderio di servirla, pregando il Signore Dio che longamente conservi V. C. Mtà., dandole quella maggior consolation che ella desidera per l'utile et bene publico.

Di Dilinga a XXIX d'ottobre M.D.LIII

Di V. S. C. Mtà.
humillimo servitor
Reg. Cardinale Polo

Toda hológrafa
(Ib., f. 154)

SUMMARY

The author edits three letters from Cardinal Reginald Pole to Charles V in which, after Mary Tudor's accession to the throne, he manifests to Emperor the disquiet he feels at having to delay his return to England to restore that kingdom's obedience to the to the Apostolic See, despite the difficulties this enterprise involves. According to Pole, this restoring of England's obedience to the Pope would rectify the situation of the Queen herself, whose legitimacy was due to the decision of the Pope to sanction the legitimacy of the marriage of her parents, Henry VIII and Catherine of Aragón.